

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Las campanas de Vall de Almonacid

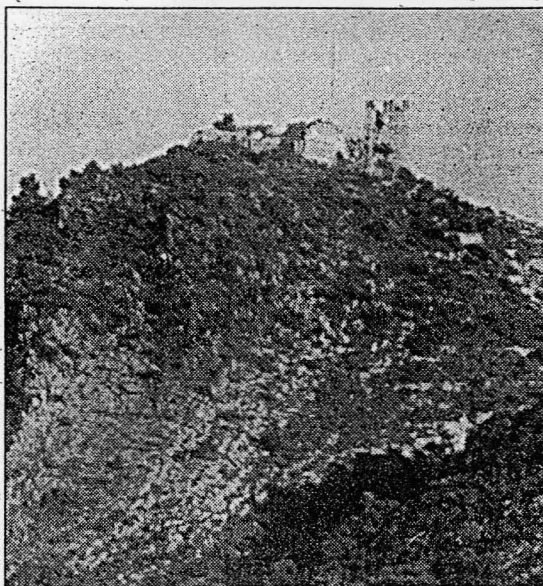
En el artículo titulado: "Don Vicente", de Juan Emilio Sanchis, publicado en CASTELLÓN DIARIO del 3 de diciembre de 1994, el autor ha mencionado un determinado recuerdo, que ha hecho saltar en mí la chispa de otro recuerdo. Su recuerdo se refería a la visita del Cardenal Enrique y Tarancón a Vall de Almonacid, y la inauguración que hizo de la electrificación motriz de las campanas de su torre. Su recuerdo fue grato fructífero. El mío constituye, sencillamente, un girón de mi vida arrancado de la historia.

Las campanas de la Vall de Almonacid, durante la guerra civil, hace casi sesenta años, se tenían a mano, pero no en volteo gozoso por estar el pueblo en fiesta, sino en monótono y repetido golpeo anunciador de un posible ataque aéreo. El templo estaba profanado, y las campanas servían únicamente para acompañar la liturgia de la guerra.

En las horas en que hacía de vigía en el campanario, mis oídos se aguzaban para escuchar el runruneo de los trimotores Junker, mientras mi vista los buscaba en el cielo. Cuando aparecían, hacía saltar de la campana un tan, tan, tan, tan, nervioso y rápido, que alertaba a los pocos vecinos que quedaban en el pueblo para que buscasen refugio. El refugio habitual de mi familia era un pequeño túnel que habíamos excavado en el huerto del tío Bienvenido, el cesterero, en la parte alta del pueblo.

La iglesia, profanada, era utilizada por las tropas republicanas como almacén, y también como lugar de baile con mujeres traídas de no sé dónde.

El cura del pueblo, que si mal no recuerdo se llamaba D. Ricardo, salvó su vida gracias a la protección que le prestaron los propios vecinos. El peligro venía de fuera. Venía de los grupos de milicianos armados que, en camiones o en turismos requisados, recorrían los pueblos a la caza y captura de fachas. Cuando alguno de estos grupos asomaba por la Vall, siempre había algún vecino diligente que



avisaba a D. Ricardo para que saliera al monte. Y él salía hacia arribas, hacia las eras, hacia la fuente del lentisco, y allí tomaba la senda que conduce hacia el monte abierto.

Y mientras, la guerra continuaba. Los cañones biflecha del 12/40, de fabricación soviética, emplazados en las huertas de la Algimia, disparaban por encima de la sierra y hostigaban el área de Ahín. Las brigadas internacionales ocupaban posiciones en las alturas. La carretera que va desde Segorbe a la sierra, estaba muy transitada por camiones que iban y venían con tropas, material y suministros. Otras veces, los camiones iban repletos de mujeres, que eran llevadas al frente para solaz de los combatientes, aprovechando que la izquierda aún no había inventado el feminismo.

No es mi propósito narrar cómo se desarrolló la guerra en este frente. Además no tengo capacidad suficiente para hacerlo, y por eso me limito a contar algunas de las muchas cosas que vi.

Un buen día, o mejor una buena madrugada, se oyó algarabía de gente que pasaba, caminando, en dirección a Segorbe. Unos cantaban, otros reían o hablaban en voz alta, y todos estaban contentos. El frente republicano se había derrumbado, y las tropas abandonaban

sus armas y se dispersaban en distintas direcciones. La guerra había terminado, pero las tropas nacionales aún tardaron unos días en llegar a la Vall.

En la torre de la iglesia se colgó una bandera blanca, y se comenzó a festejar la paz recién estrenada con la celebración de una misa de campaña en la plaza del pueblo.

El suelo estaba cubierto por una abundante enramada. El altar era improvisado pero muy digno. Los pocos vecinos que habitábamos el pueblo en esas fechas, un capitán del ejército nacional y varios soldados, éramos todos los que asistíamos a la misa. D. Ricardo, vestido con el máximo decoro que pudo, y con una expresión de profunda alegría, celebró la Santa Misa. Las campanas, locas de alegría, nos acompañaron en esa especialísima ocasión.

Han pasado cincuenta y cinco años en la historia de la Vall de Almonacid y de su campanario. Sus campanas pasaron tres años sin tener nada que celebrar, ni siquiera la fiesta de la Pastoral. La brutalidad de la guerra se impuso durante ese período. Un sacerdote, demacrado y con ropa raída, pero con temple entero, llegó, por fin, radiante, hasta aquel hermoso altar improvisado, en el centro del pueblo de la Vall. Y las campanas lo celebraron.

(*) Profesor de Investigación